

Edición Especial

*Ordenación
Episcopal
de Monseñor*



César Alcides Balbín Tamayo
Obispo de Caldas



Pbro.
Farly Yovany Gil Betancur
Rector Seminario

MONSEÑOR CÉSAR ALCIDES BALBÍN TAMAYO

UN ADMINISTRADOR... DE LA MULTIFORME GRACIA DE DIOS

En ACIPRENSA, página de información católica, el nombramiento de Monseñor César Alcides Balbín Tamayo, como obispo de la Diócesis de Caldas, fue enunciado así: "El Papa Francisco nombra a experto en Administración de Empresas como Obispo".

La administración está orientada a la gestión y dirección de empresas, negocios, personas, recursos, entidades, con el fin de alcanzar objetivos definidos, con la aplicación de principios, normas, leyes, funciones y procedimientos dentro de una organización. Así entonces, el administrador planifica, organiza, dirige, controla, asigna tareas y coordina procesos, buscando productividad, bienestar y beneficios.

De la misma manera, el administrador es un verdadero líder que trabaja en equipo, desde la motivación y el estímulo. Busca y analiza oportunidades para mejorar; tiene capacidad de vigilancia de las metas y planes de acción. Crea un ambiente de trabajo que favorece la calidad y el logro de la misión y la visión, desde una cultura organizacional. Con la escucha, la integración y la proyección cumple con los objetivos y metas planteadas.

Lumen Gentium (26) habla del Obispo como el "administrador de la gracia del Supremo Sacerdocio". El Obispo es el administrador de los misterios

sagrados como constructor de la Iglesia de Cristo. En este sentido habla San Pedro cuando dice: "Cada uno ha recibido su don; póngalo al servicio de los demás como buenos administradores de la multiforme Gracia de Dios" (1 Pe 4,10). También, San Pablo, en la primera carta a los Corintios, exhorta a los ministros de Cristo y administradores de los misterios de Dios, con la exigencia de la fidelidad. (1 Cor. 4,1). Y en la carta a Tito, se le pide al Obispo que sea irreprensible como administrador que es de la casa de Dios, con cualidades como la hospitalidad, la prudencia, la sana doctrina, la piedad, etc. (Tit. 1,7).

Así pues, el Obispo administra una porción del pueblo de Dios, como pastor propio, ordinario e inmediato, esa administración la ejerce desde el triple oficio de enseñar, santificar y regir. Esto se traduce en una administración que lo convierte en líder de la verdad, conservando íntegro el evangelio, administrador que custodia y transmite la Sagrada Escritura y promueve la Tradición. Como buen admi-

nistrador ilumina con la luz y la fuerza del Evangelio la realidad del hombre y del mundo, haciendo cumplir la misión de la Iglesia.

Ahora bien, el ejercicio de su ministerio, tiene que ser orgánico y eficaz en bien de la Iglesia y la sociedad, con claros planes de acción (pastoral), con metas y estrategias de acción ante los desafíos de cada día. Esto se da desde una administración que empieza con el conocimiento de las personas y las entidades: "conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí" (Jn 10,14); sabiendo sus funciones e identificando a sus colaboradores para trabajar uniendo fuerzas; cumpliendo cada uno con sus servicios; fomentando ambiente de cercanía, desde un claro respeto y cumplimiento de ministerios y carismas.

Como Pastor y Obispo de las almas, busca administrar los bienes espirituales y materiales de la Diócesis para gloria de Dios y bien de los fieles. Tal realidad ha de manifestarse en una administración desde la paternidad, la autoridad moral de Cristo, la exigencia,

la misericordia. Todo esto desde la organización eclesial hará que los frutos sean muchos, administrando con fidelidad las verdades de Dios, de la doctrina eclesial y los dones.

Con todo, el Obispo como buen administrador de la multiforme Gracia de Dios, conduce al Señor el Pueblo de Dios encomendado, ofreciéndose y entregándose totalmente, y, direccionando hacia la salvación la Iglesia particular encomendada. Su gobierno debe dirigirse de tal manera que se pueda hablar de una vida Diocesana en comunión y participación, ya que esa comunión está en la esencia de la Iglesia. El obispo como buen administrador unifica en esa comunión vidas, caridad y verdad.

Otra nota característica del buen administrador es la proyección, y la Iglesia Diocesana se proyecta desde la misión, anunciando y propagando el Reino de Dios. Allí ha de notarse la verdadera y auténtica administración que es desde el servicio; que hace presente al Señor; que actualiza su palabra, su gracia y su ley, de manera especial con el testimonio, que lo convierte en modelo de la grey, apacentando de corazón. (1 P. 5, 2-4).

Pedimos al Señor, muchas bendiciones para el ministerio episcopal de Monseñor César A. Balbín Tamayo, y que su administración, construyendo la Iglesia de Cristo en Caldas, lo lleve al final de sus días a escuchar: "Buen administrador, como fuiste fiel, pasa al banquete de tu Señor" (Mt 25, 21)

Agradecimiento

Caldas, mayo de 2015.

«El que da, no debe volver a acordarse; pero el que recibe nunca debe olvidar» (Proverbio hebreo).

Fueron muchas las atenciones, la cercanía y las alegrías compartidas, con motivo de mi nombramiento, ordenación y posesión como Obispo de la Diócesis de Caldas, que sólo tengo palabras de sincero y profundo agradecimiento con todos: con el Santo Padre el Papa Francisco, con el señor Nuncio Ettore Balestrero, con el Episcopado, con mi Obispo Monseñor Jorge Alberto Ossa Soto, con todos mis hermanos sacerdotes, tanto del clero de Santa Rosa de Osos y de Caldas, como con todos los conocidos y cercanos; con el Seminario Mayor Santo Tomás de Aquino, de Santa Rosa y de la Santa Cruz de Caldas. Religiosos y religiosas. En fin, familiares, amigos y bienhechores.

Para todos sólo tengo sentimientos de gratitud, que van siempre acompañados de la oración por sus intenciones.

Me sigo acogiendo a sus oraciones para que el Señor me ayude a ser un buen pastor de su rebaño.

Con afecto sincero.

CÉSAR ALCIDES BALBÍN TAMAYO

Obispo de Caldas

DATOS BIOGRÁFICOS DE MONSEÑOR CÉSAR ALCIDES BALBÍN TAMAYO

Obispo de Caldas

Monseñor César Alcides Balbín Tamayo, nació en Santa Rosa de Osos, Antioquia, el 8 de septiembre de 1958. Hijo de Manuel Víctor y Lilia (Fallecidos). Realizó sus estudios primarios en la Escuela Rural Vallecitos y en la Escuela Urbana Porfirio Barba Jacob de su pueblo natal; los estudios secundarios en el IDEM Santa Rosa de Osos. En 1979 ingresó al Seminario Santo Tomás de Aquino, de la misma ciudad, donde hizo los estudios eclesiósticos de Filosofía y Teología. Ordenado sacerdote por Monseñor Joaquín García Ordóñez, el 19 de noviembre de 1985, en la Catedral de Santa Rosa de Osos. Adelantó sus

estudios superiores en Teología Sistemática, con especialización en Teología Moral, en la Pontificia Universidad *Della Santa Croce* de Roma; es licenciado en Filosofía y Ciencias Religiosas de la Fundación Universitaria Católica del Norte, Santa Rosa de Osos; se especializó en Gerencia, en la Universidad CEIPA (Centro de Investigación y Planeamiento Administrativo), Medellín; tiene un Máster en Dirección de Empresas: Executive M.B.A (*Master in Business Administration*), en la Escuela de Administración de Empresas de Barcelona. Ha servido con diligencia a la Iglesia en los siguientes cargos:



- Vicario Parroquial en Anorí (1986), Sopetrán (1986), Anorí (1987), Tarazá (1987) y Nuestra Señora de las Mercedes, Yarumal (1988);
- Director Espiritual (1989) y Rector de la Escuela Apostólica Miguel Ángel Builes, Donmatías (1989-1992);
- Estudiante en Roma (1992 - 1994);
- Formador (1995) y Rector del Seminario Diocesano Santo Tomás de Aquino (1996-1999);
- Gerente de la Cooperativa Fraternidad Sacerdotal, Medellín (2000-2003);
- Síndico Director Nacional de la Fundación de Mutuo Auxilio Sacerdotal, MASC (2004-2014);
- Director Financiero de la Conferencia Episcopal de Colombia y Representante legal de la Fundación Bernardo Herrera Restrepo (2008-2014);
- Párroco de Bellavista, Donmatías, y profesor del Seminario Diocesano (Julio 2014 - enero 2015).

Ha prestado otros servicios diocesanos como Vicario de Formación Sacerdotal, Miembro de los Consejos Presbiteral y Asuntos Económicos.

Fue preconizado Obispo de Caldas, Antioquia, el 28 de enero de 2015 por el papa Francisco.



Bula Pontificia

Francisco Obispo,

Siervo de los Siervos de Dios

Al dilecto hijo **César Alcides Balbín Tamayo**, del clero de la Diócesis de Santa Rosa de Osos, donde hasta ahora fungía como párroco, elegido Obispo de Caldas, salud y Bendición Apostólica.

Nos, en calidad de sucesores del bienaventurado Pedro, hemos de esforzarnos en cuidar de la salud espiritual de la entera grey del Señor.

Toda vez que hemos de proveer al gobierno de la Diócesis de Caldas, sede vacante después de la renuncia del Venerable Hermano José Soleibe Arbeláez, te vemos a ti, amado hijo, dotado de sólidas prendas y experto conocedor de los asuntos de la Iglesia, como el Pastor indicado para presidir a dicha Iglesia.

Por lo tanto, con el parecer de la Sagrada Congregación de los Obispos, y con la suprema potestad apostólica, te nombramos **Obispo de Caldas**, con todos los derechos y obligaciones inherentes a tal dignidad.

Permitimos que recibas la ordenación episcopal fuera de la ciudad de Roma, de manos de cualquier obispo católico, observadas las normas litúrgicas, sin omitir la profesión de fe católica ni el juramento de fidelidad a Nos y a nuestros sucesores, según el Código de Derecho Canónico.

Ordenamos, además, que estas letras vengán en conocimiento de tu clero y del pueblo a ti confiado, a quienes exhortamos vivamente a que te reciban



gozosos y a que te acompañen con el debido acatamiento.

Finalmente, dilecto hijo, imploramos para ti los dones del Espíritu Paráclito, con cuya ayuda, de palabra y principalmente con el ejemplo, podrás animar a los fieles confiados a tu cuidado, a alcanzar la santidad de vida, mediante la asidua participación en la doble mesa del pan eucarístico y de la palabra divina, que es viva y poderosa porque realiza lo que dice, y contiene la misma fuerza de Dios.

La gracia de Dios y la protección de Nuestra Señora de Chiquinquirá estén siempre contigo y con esa queridísima comunidad eclesial en la amada nación colombiana.

Dado en Roma, junto a San Pedro a los veintiocho días del mes de enero del año del Señor dos mil quince, segundo de nuestro Pontificado.

Franciscus

GENEALOGÍA EPISCOPAL

2015 Monseñor CÉSAR ALCIDES BALBÍN TAMAYO, ordenado en la Catedral Santa Rosa de Lima, de Santa Rosa de Osos, como Obispo de Caldas, Antioquia, por Monseñor Ettore Balestrero, Nuncio Apostólico en Colombia.

2013 ETTORE BALESTRERO, consagrado como Arzobispo titular de Victoriana por el Cardenal Tarcisio Pietro Evasio Bertone, S.D.B.

1991 TARCISIO PIETRO EVASIO BERTONE, S.D.B. consagrado por el Arzobispo Albino Mensa.

1960 ALBINO MENSA, consagrado por el Obispo Gaudenzio Binaschi.

1930 GAUDENZIO BINASCHI, consagrado por el Obispo Giuseppe Castelli.

1911 GIUSEPPE CASTELLI, consagrado por el Cardenal Agostino Richelmy.

1886 AGOSTINO RICHELMY, consagrado por el Cardenal Gaetano Alimonda.

1877 GAETANO ALIMONDA, consagrado por el Arzobispo Salvatore Magnasco.

1868 SALVATORE MAGNASCO, consagrado por el Cardenal Gustav Adolf von Hohenlohe Schillingsfürst.

1857 GUSTAV ADOLF VON HOHENLOHE - SCHILLINGSFÜRST, consagrado por el Beato Papa Pío IX (Giovanni María Mastai-Ferretti).

1827 PAPA PÍO IX (BL. GIOVANNI MARIA MASTAI-FERRETTI), consagrado por el Cardenal Francesco Saverio María Felice Castiglioni.

1800 FRANCESCO SAVERIO MARÍA FELICE CASTIGLIONI, consagrado por el Cardenal Giuseppe Maria Doria Pamphilj.

1773 GIUSEPPE MARÍA DORIA PAMPHILJ, consagrado por el Cardenal Buenaventura Córdoba Espinosa de la Cerda.

1761 BUENAVENTURA CÓRDOBA ESPINOSA DE LA CERDA, consagrado por el Obispo Manuel Quintano Bonifaz.

1749 MANUEL QUINTANO BONIFAZ, consagrado por el Arzobispo Enrique Enríquez.

1743 ENRIQUE ENRÍQUEZ, consagrado por el Papa Benedicto XIV (Próspero Lorenzo Lambertini).

1724 PAPA BENEDICTO XIV (Próspero Lorenzo Lambertini), consagrado por el Papa Benedicto XIII (Pietro Francesco Vincenzo María Orsini de Gravina, O.P)

1675 PAPA BENEDICTO XIII (Pietro Francesco Vincenzo Maria Orsini de Gravina, O.P.), consagrado por el Cardenal Paluzzo Paluzzi Altieri degli Albertoni.

1666 PALUZZO PALUZZI ALTIERI DEGLI ALBERTONI, consagrado por el Cardenal Ulderico Carpegna.

1630 ULDERICO CARPEGNA, consagrado por el Cardenal Luigi Caetani.

1622 LUIGI CAETANI, consagrado por el Cardenal Ludovico Ludovisi.

1621 LUDOVICO LUDOVISI, consagrado por el Arzobispo Galeazzo Sanvitale.



1604 GALEAZZO SANVITALE, consagrado por el Cardenal Girolamo Bernerio, O.P.

1586 GIROLAMO BERNERIO, O.P., consagrado por el Cardenal Giulio Antonio Santorio.

1566 GIULIO ANTONIO SANTORIO, consagrado por el Cardenal Scipione Rebiba.

1541 SCIPIONE REBIBA, de este Cardenal descienden todos los Obispos Colombianos.

ESCUDO EPISCOPAL DEL EXCELENTÍSIMO MONSEÑOR

CÉSAR ALCIDES BALBÍN
TAMAYO



OBISPO DE CALDAS

DESCRIPCIÓN HERÁLDICA

En campo de azur un sol de oro que contiene la Hostia Eucarística, a sus pies dos rosas heráldicas que surgen de entre

tres montes de sable ribeteados de plata, todo sobre una cruz simple en madera al natural, timbrado con el lema bíblico *Ecce ego, mitte me*, esto es: "Aquí estoy, envíame", tomado del profeta Isaías 6, 8.

DESCRIPCIÓN SIMBÓLICA:

El azul del campo del escudo hace memoria de la gloriosa Madre de Dios, para recordar la fecha del nacimiento del Obispo, el 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de la Virgen María y de Nuestra Señora de las Misericordias.

El sol de oro sobre el que aparece la Eucaristía, la Hostia con las letras IHS, quiere recordar al titular el Seminario Mayor Santo Tomás de Aquino, escuela de Pastores y hace presente al santo maestro de la fe que nos ha enseñado que la Eucaristía, presencia del Señor, es el aliento y el alimento de la Iglesia.

Las dos rosas hacen pensar en las dos Iglesias a las que une la elección y ordenación del Señor Obispo: la de Santa Rosa, en la que nace, se forma y ha servido el prelado; la de Caldas que, bajo el Patrocinio de la Reina de las Mercedes, recibe ahora al Obispo para que haga florecer en esos campos la fe y la esperanza.

Las tres montañas de sable representan las virtudes teologales, recuerdan las montañas en las que Dios se ha manifestado: el Horeb, el Sinaí, el Tabor, el Calvario. También recuerdan la minería, la del oro de Santa Rosa, la del Carbón de Caldas, invitando al Obispo a acompañar los desvelos de tantos hermanos que desde lo hondo de la tierra sacan su sustento y que han de ser iluminados con la luz de la fe y sostenidos con la fuerza de la esperanza.

La cruz, simplísima, es afirmación de que todo servicio en la Iglesia alcanza su sentido si se apoya en la cruz redentora en la que Jesús se dio todo a todos.

El lema episcopal es la respuesta de Isaías, que, ante la pregunta del Señor "¿a quién enviaré, quién irá por nosotros?", responde con la decidida disponibilidad para que Dios le envíe a sembrar esperanza y vida en los corazones que aguardan la salvación.

**Presbítero Diego Alberto
Uribe Castrillón.**



Encuentros de
Neopresbíteros



HOMILÍA DEL NUNCIO APÓSTOLICO

MONSEÑOR ETTORE BALESTRERO

ORDENACIÓN EPISCOPAL MONSEÑOR

CÉSAR ALCIDES BALBÍN TAMAYO

7 DE MARZO DE 2015

Lecturas: Isaías 6, 1-8; Salmo 23 1b-6; 1 Tm 4, 12b-16; Mt 28, 16-20.

**Queridos hermanos y hermanas:**

En la primera lectura que se acaba de proclamar, descubrimos cómo el profeta Isaías tiene una experiencia intensa de la grandeza, belleza y pureza de Dios. Se trata en realidad de la cercanía con la Santidad de Aquél que lo elige y envía a la misión de anunciar su Palabra. Y frente a ese infinito de luz y de gloria, el profeta se descubre pequeño e impuro. Es el descubrimiento del abismo que nos separa de Aquel que nos rebasa y envuelve, que nos abrumba y maravilla, que nos fascina y hace estremecer. Todo esto es la experiencia de la santidad de Dios. La santidad que tiene que irradiar cada Obispo, que lleva consigo la misma plenitud del Sacerdocio de Cristo.

Y a los Obispos los anima saber que no todo queda en la distancia. En la visión que recibe Isaías hay un mensajero, un ángel de Dios, que trae fuego del cielo para purificar los labios del profeta. Se trata de un signo que nos acerca al misterio de la perfección de Dios que se comunica a sus instrumentos frágiles y débiles para convertirlos en su fuerza.

Este prodigio lo realiza hoy el Espíritu Santo por la imposición de las manos y en un instante seremos testigos de cómo el paso creador del Espíritu se imprime con todo su vigor en lo más profundo del ser de nuestro querido hermano Monseñor César Alcides, para convertirlo en sucesor de los Apóstoles, participándolo de la plenitud del Orden Sacerdotal y configurándolo con Jesucristo como Pastor de su Iglesia.

Muy querido Padre César, esta experiencia de cercanía con la Santidad de Dios que purificó al profeta y que se actualiza hoy en ti, provoque una constante tensión hacia la unión íntima con Él, la cual requiere del Obispo el serio cultivo de la vida interior con los medios de santificación que son útiles y necesarios para todo cristiano, especialmente para un hombre consagrado por el Espíritu Santo para regir la Iglesia y para difundir el Reino de Dios. Cuanto más intensa sea la cercanía personal, o sea, la experiencia de la santidad de Dios y de su Reino aconteciendo dentro del corazón del ungido, seguramente más limpios estarán sus ojos para percibir todo lo que falta afuera de él. Y así, el enviado tiene como una fuerza continua que suscita en él el celo apostólico, que

será más fecundo cuanto más sea el grado de santidad del Obispo, la correspondencia entre su cercanía personal y ontológica con Dios.

Por tanto, la misión santificadora del Obispo le exige asimilar y vivir la vida nueva de la gracia bautismal y la del ministerio episcopal, al que ha sido llamado, en la continua conversión y en la participación cada vez más profunda en los sentimientos y actitudes de Cristo. Así como toda la actividad de Cristo mana de su diálogo ininterrumpido con el Padre, del mismo modo todas las obras del Obispo deben ser la prolongación de su unión con Cristo. *“Como el Padre me ha enviado, así os envío yo”* (Jn 20, 21), también esto significa: *“Yo he venido al mundo sin separarme del Padre, vosotros id al mundo sin separaros de mí”*.

Sólo así, querido hermano, podrás animar la pastoral en la Iglesia que te ha sido confiada, con el auténtico espíritu de santidad del que debes ser incansable sostenedor. El Obispo tiene muchas cosas que hacer, pero lo esencial es santificar; enseñar y gobernar sirven para santificar. El Obispo tendrá siempre presente que su santidad no queda nunca a un nivel solo personal, sino que su eficacia redundará en bien de quienes han sido confiados a su cuidado pastoral.

Surge pues para el Obispo un llamamiento especial a ejercer una paternidad espiritual en su diócesis que brota de su configuración sacramental con el Padre: ya San Ignacio de Antioquía definía hermosamente al Obispo como la *“imagen del Padre”* (Cfr. LH IV Martes XXVII: *Tralianos*). Y si del Obispo se dice que es la *“imagen del Padre”*, debe entenderse en relación a la imagen más perfecta del Padre

que es Cristo: *“Cristo es el icono original del Padre y la manifestación de su presencia misericordiosa entre los hombres. El Obispo, actuando en persona y en nombre de Cristo mismo, se convierte, para la Iglesia, en signo vivo del Señor Jesús, Pastor y Esposo, Maestro y Pontífice de la Iglesia”* (*Pastores Gregis* 7). Esta particular configuración con el Padre y con Cristo, propia del Obispo, es obra del Espíritu Santo, que vivifica a la Iglesia, infundiéndole en ella los carismas y suscitando las vocaciones y los ministerios que le son indispensables para su existencia y misión, particularmente por lo que se refiere a los ministros ordenados, porque, como ya lo afirmaba también San Ignacio, *“sin ellos no existe la Iglesia”*.

En el Evangelio hemos escuchado el mandato del Señor que envía a sus discípulos a predicar en su nombre y a bautizar a todos los pueblos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, así los discípulos quedan constituidos en heraldos de la Palabra y en dispensadores de la Gracia, es decir, son ellos quienes recibiendo su poder, comunican la santidad de Dios a través del ejercicio de su ministerio.

Siendo estas las últimas palabras de Jesús resucitado en el Evangelio de Mateo, adquieren gran solemnidad. Son las últimas palabras que dice a aquellos hombres, a quienes hizo sus amigos y es justo situarlas en el momento en que con la fuerza santificadora del Espíritu, Jesús mismo consagra y envía a nuestro querido hermano Monseñor César.

Allí, Jesús encomienda a los discípulos, y hoy de manera especial a ti, Monseñor César, continuar su misma misión en el mundo: *“Id y haced discípulos a todos los pueblos”* (Mt 28, 19). El Evangelio es explícito



en decir que estas palabras fueron dirigidas a los discípulos. Pero desde entonces fueron constituidos en *“apóstoles”*. En efecto la palabra *“apóstol”* significa *“enviado”*. Así entendieron ellos su identidad más profunda: enviados por Jesús con la misión precisa de hacer a todos los pueblos discípulos de Cristo. De la misma manera, hoy el Señor te elige y te constituye su apóstol; te envía para que seas de un modo peculiar testigo suyo, de su bondad y misericordia, de su entrega y servicio y para que hagas a todos tus feligreses discípulos de Cristo.

Resulta útil entonces, comparar los dos envíos que tenemos en la liturgia de hoy. Porque, en el texto de Isaías, se cuenta de la purificación del profeta antes del envío. Y, en el texto del Evangelio, Jesús recuerda que esa purificación no ha sucedido en el mundo. Por eso



aquí está como el rostro, como el perfil de la vocación del misionero, del predicador, del Obispo: en su pasado, una experiencia de purificación por parte de Dios; frente a él, en su futuro, la conciencia de que el mundo no ha tenido esa misma purificación. Las dos cosas se necesitan, la conciencia del pecado vencido, y la conciencia del pecado todavía presente.

Si el ungido y consagrado por el Señor se olvida de su pasado, de su raíz humilde y de donde ha salido, se anuncia a sí mismo, a sus méritos, a sus conocimientos, pero no anuncia a Dios. Si el enviado se olvida de la necesidad de Dios que tiene delante, entonces se olvida de la urgencia de su mensaje, se olvida del ardor de su mensaje y no tendrá palabras para llegar, para tocar los corazones con la vida Divina que transforma, haciendo nuevas todas las cosas. Por eso, el Apóstol Pablo dice: *“nos descuides el don que posees, que te fue concedido por indicación profética al imponerte las manos los ancianos”* (1 Tm 4, 14).

Acontece de esta forma una tensión que es la propia del enviado, la tensión entre la realización del Reino, que ya ha empezado porque él lo experimenta, lleva un ascua encendida, fuego que le ha cambiado la

vida, el Reino ya presente, y por otra parte, el mundo que no ha escuchado, que no ha recibido esa palabra, que no conoce esa palabra y ante el cual el Obispo debe ser *“modelo en la palabra, en la conducta, en el amor, en la fe y en la pureza”* (1 Tm 4, 12).

El Señor entonces te ha confiado un ministerio de altísimo valor y dignidad: llevar su mensaje de paz y salvación a todas las gentes; cuidar con amor paternal al Pueblo santo de Dios y conducirlo por la vía de la salvación. Esta es una tarea que supera con creces tus méritos personales y tu capacidad humana, pero a la que tú entregarás con sencillez y esperanza, apoyándote en las palabras de Cristo: *“no me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca”* (Jn 15, 16), recordando además que Él estará contigo todos los días, hasta el final de los tiempos.

Monseñor César, sea pues la cercanía con la Gracia y la Santidad de Dios, el ambiente que disponga tu corazón al ministerio que vas a recibir mediante la imposición de las manos y que se realiza en silencio, como nos ha enseñado el Papa Benedicto XVI, ya que *“la palabra humana enmudece. El alma se abre en silencio a Dios, cuya mano se alarga hacia el hombre, lo toma para sí y, a la vez, lo cubre para protegerlo, a fin de que, a continuación sea totalmente propiedad de Dios, le pertenezca del todo e introduzca a los hombres en las manos de Dios”* (Homilía del Santo Padre Benedicto XVI en la ordenación episcopal, Fiesta litúrgica del Dulce Nombre de María, sábado 12 de septiembre de 2009)

Que con tu Iglesia Particular de Caldas, puedas vivir la fe en Jesucristo el Hijo de Dios Vivo y en ti se pueda descubrir el rostro misericordioso del Padre y el fuego misionero de su Espíritu.

La Virgen María, Reina de los Apóstoles, presente con ellos el día de Pentecostés, aliente y acompañe el ministerio apostólico que hoy recibes. Oramos para que al Pastor nunca falte la obediencia de su pueblo y al pueblo el cuidado de su Pastor.



Gracias a Dios Padre de todos y a su Hijo Jesucristo, que en el Espíritu Santo, me ha llamado al ejercicio de tan alto ministerio, sin méritos de mi parte; todo gratuidad.

ALOCUCIÓN DE MONSEÑOR CÉSAR ALCIDES BALBÍN TAMAYO

EN EL DÍA DE SU ORDENACIÓN EPISCOPAL

“Aquí estoy, envíame” (Is 6, 8)

1. Grandeza del ministerio episcopal

“Sucesores de los apóstoles (*Apostolorum Successores*) por institución divina, los Obispos, mediante el Espíritu Santo que les ha sido conferido en la consagración episcopal, son constituidos pastores de la Iglesia, con la tarea de enseñar, santificar y guiar, en comunión jerárquica con el Sucesor de Pedro y con los otros miembros del Colegio episcopal” (AS 1).

Insertos en esta sucesión apostólica, los Obispos, revestidos de la plenitud del Orden Sacerdotal ejercen plenamente, y no sin la

fuerza del Espíritu del Resucitado, aquella triple función de enseñar, regir y santificar: por lo tanto, maestros de la fe, pontífices y pastores. Sobre este trípode se afianza la acción de la Iglesia que tiene como misión principal la gloria de Dios y la salvación de todos.

No escapa a ninguno de nosotros la grandeza de este ministerio, y que le viene dada, además por el oficio que se desempeña en la Iglesia, por el origen mismo: Cristo el Señor, Cabeza y Pastor del rebaño que le ha sido confiado, y que, como

rezaba el prefacio de esta Eucaristía, “con amor de hermano, elige a hombres de este pueblo, para que por la imposición de las manos, participen de su sagrada misión.”

2. Compromiso de entrega y de servicio.

Situados al lado de Cristo, Esposo, Cabeza y Señor, los Obispos miran a la Iglesia como a la Esposa, para santificarla y ofrecer por ella su vida. Entrega sacrificada, pero siempre gozosa. Dedicación plena de una vida inspirada en el

modelo supremo que es Cristo el Señor, y que, por tanto, se entrega totalmente a la adoración del Padre y al servicio de los hermanos (Cfr. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Postsinodal *Pastores Gregis*, 21).

Con verdadero amor de Padre, el Obispo, se entrega de manera incansable al servicio del pueblo que le ha sido encomendado, sin perder el horizonte de servicio y preocupación por la entera Iglesia universal, entero Cuerpo Místico de Cristo. Esta caridad pastoral el como el fruto de la gracia y del carácter del sacramento del Episcopado (Cfr. Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, 21), que lo une con Jesucristo, con la Iglesia, con el mundo que hay que evangelizar, y lo hace idóneo para desempeñarse como embajador de Cristo (cf. 2 Co 5, 20) (Cfr. Directorio para el Ministerio Pastoral de los Obispos *Apostolorum Succesores*, 38), sintiendo que su vocación, como la de la Iglesia, es siempre el servicio.

Así realiza el Obispo la voluntad de Dios en su vida: a partir de la obediencia al Padre a ejemplo de Cristo Maestro. Obediente al Padre sabe dirigir, orientar, exhortar y marcar el camino que lleva a los fieles hasta fuentes tranquilas y las verdes dehesas, donde el Señor, Buen Pastor, les hace recostar; figura bien conocida en el salmo 23.

3. Recuento de mi vida.

Llegados a este punto, en este día de mi Ordenación Episcopal, quiero rendir el más grande y sentido tributo de acción de gracias y adoración a Dios, en sus tres adorables Personas. Sin merecimiento de mi parte he sido llamado y agregado

al Colegio Episcopal, Sucesor del Colegio Apostólico, y así lo creo con fe firme.

Él me ha dado el regalo de la vida y me ha permitido ver la luz, un 8 de septiembre, natividad de Nuestra Señora y venerada en mi tierra bajo la advocación de Nuestra Señora de las Misericordias. Bautizado en esta catedral, Él me ha llamado a la vida cristiana, en esta familia y en esta comunidad. De ellas he recibido testimonio, apoyo, consejo, ánimo.

Él me ha regalado una familia numerosa, moldeada con el yunque del sufrimiento, pero siempre unida y laboriosa.

Él me ha llamado al servicio en el ministerio sacerdotal en esta querida Diócesis de Santa Rosa de Osos. Ordenado presbítero el 19 de noviembre de 1985, también en esta catedral, por el recordado Obispo, Monseñor Joaquín García Ordóñez.

He tenido la gracia de servir en varias comunidades cristianas. He prestado servicios en la formación tanto en el Seminario Menor como en el Seminario Mayor. He podido entrar en contacto con cientos de sacerdotes a través de la Cooperativa Fraternidad Sacerdotal y de la Fundación Mutuo Auxilio Sacerdotal. Gracias a mis superiores que han confiado en mí. He hecho lo posible por no defraudarlos, y si así lo he hecho, mis sentidas disculpas. Es el componente humano que está siempre presente.

4. Saludo a los presentes.

Saludo de manera especial al Señor Nuncio Ettore Balestrero, y en su persona al Santo Padre Francisco,

que me ha confiado el gobierno pastoral de una porción del pueblo de Dios, para que en su nombre la conduzca por los caminos del Reino.

A los dos señores Obispos que actúan como co-consagrantes: Monseñor Jorge Alberto Ossa Soto, mi actual Obispo, y a Monseñor Jairo Jaramillo Monsalve, Arzobispo de Barranquilla. Gracias a ustedes por su cercanía y su amistad. Siempre tendré para ustedes un recuerdo agradecido.

A los señores Arzobispos y Obispos, tanto a los aquí presentes, como también a aquellos que por sus muchos compromisos pastorales no nos han podido acompañar hoy; mi saludo de gratitud y admiración por su cercanía, fraternidad y valioso servicio a la Iglesia. Diez años largos cerca a ustedes en el Secretariado Permanente, en la Conferencia Episcopal, me han permitido ver de cerca sus angustias y sus esperanzas, sus logros y sus constantes preocupaciones.

Gracias queridos Sacerdotes que me acompañan, compañeros de luchas en esta querida Diócesis de Santa Rosa de Osos, que siempre llevaré impresa en mí. Me iré a regir los destinos de la que me ha sido entregada como esposa, pero aquí siempre viva y acogedora. Sentiré siempre el sano orgullo de haber pertenecido a este maravilloso clero.

A los sacerdotes de la muy querida Diócesis de Caldas, presentes y ausentes: gracias, gracias por su servicio, su entrega, su disponibilidad, tal como me los han hecho sentir en estos días posteriores a mi ordenación como Obispo. Serán ustedes mi primera y más constante preocupación de pastor:

su vida, su ministerio, su entrega, su servicio. Trataré de dar lo mejor de mí en este caminar juntos que ahora comenzamos.

Un recuerdo especial y mis oraciones por todos los sacerdotes, que de manera generosa, han intervenido en mi formación humana, espiritual, pastoral e intelectual. Entre ellos, el primer puesto, los reverendos padres eudistas.

Saludo respetuoso también para las autoridades civiles de Santa Rosa y de Caldas, que han venido a acompañarnos hoy. Gracias por ese gesto de bondad y generosidad, sabiendo de sus muchas ocupaciones. Que el Señor los ayude a cumplir con fidelidad el empeño por el bien común que buscan para sus comunidades.

Querida familia toda, extensa familia: especial recuerdo, y hoy más que nunca, por nuestros padres Manuel y Lilia, que desde los ventanales traslúcidos de la casa del Padre, junto con los nuestros que también han partido, se complacen con nosotros y aplauden gozosos en este día de fiesta familiar. A los aquí presentes, gracias por su cercanía, su cariño y su incondicional adhesión.

A todos los compañeros, sacerdotes y laicos, de trabajos y de luchas, con los que me he cruzado en el camino de mi ministerio sacerdotal, gracias, siempre gracias, porque con su cercanía y disponibilidad han contribuido a mi crecimiento como persona y como sacerdote. Gracias a los que hoy me acompañan y un réquiem por los que ya han partido. Gracias a los equipos de trabajo del Seminario Menor de Donmatías, del Seminario Mayor de Santa Rosa de Osos, de la Cooperativa Fraternidad

Sacerdotal y del Secretariado Permanente del Episcopado.

A mis amigos de toda la vida y de siempre, los llevo conmigo en mis oraciones y en el recuerdo de tantos momentos agradables. Bienvenidos a los que están hoy aquí.

Queridos fieles de las comunidades donde he prestado mis servicios: Anorí, Sopetrán, Tarazá y Yarumal, de la Diócesis de Santa Rosa de Osos; Inmaculada Concepción del Chicó y de Santa Clara en Bogotá, especial gratitud a todos. Pero no puedo dejar de mencionar a la muy querida comunidad de Bellavista, donde presté mis servicios en los últimos seis meses: han sido para mí también testimonio de entrega, de cercanía y de afecto. Mañana tendremos ocasión de celebrar juntos las maravillas del amor de Dios en la Eucaristía en su parroquia.

A todos, superiores, familiares, amigos, compañeros, bienhechores, gracias y mis disculpas cuando no haya sido testimonio de vida, de servicio y de entrega. Me confío a su generosa comprensión.

Pongo en las manos del Señor mi pasado, con sus aciertos, desaciertos y deficiencias; mi presente, con mis alegrías y satisfacciones; y mi futuro, con mis esperanzas e ilusiones.

5. Invitación a la oración.

De manera insistente, y desde que fue conocida la noticia de mi designación como Obispo de la Diócesis de Caldas, he pedido sus oraciones para que el Señor haga de mí el pastor que necesita el pueblo. Hoy, en este día especial de mi ordenación episcopal, les ruego también con insistencia y hasta con premura, que oren por mí. Que

el Señor me conceda santidad de vida, ser testimonio de entrega, pero sobre todo y como a Salomón, que me conceda sabiduría para gobernar a su pueblo. (Cfr. 1 Re 3, 11-12).

Que el Señor los bendiga.



HOMILÍA DE MONSEÑOR BALBÍN, EN EL SEMINARIO DIOCESANO

«Aquí estoy, envíame» (Is 6,8)

Estas primeras eucaristías que estoy celebrando, después de mi ordenación episcopal, destinado al servicio de la Diócesis de Caldas, me ofrecen la ocasión propicia para reflexionar en la grandeza, en la santidad y en gravedad del compromiso que se adquiere, e incluso también para devolverme un poco en el tiempo y recordar aquellos pasados: mi infancia y juventud en Santa Rosa, los estudios primarios y de bachillerato en colegios oficiales. El llamado y también la respuesta, que se van dando poco a poco.

En todo esto la vida de Seminario es una etapa bien importante que marca, y que como que imprime carácter, incluso en quienes luego descubren que este no es el camino.

El Seminario, más que un lugar, es un tiempo, una etapa, un reto.

Un tiempo que el Señor y la Iglesia disponen para quienes desean servir con un corazón íntegro e indiviso a la causa del Evangelio y del Reino.

Es una etapa en la vida de cada uno de los aspirantes al ministerio sacerdotal, y que debe estar marcada por la entrega, un poco el despojo de sí mismo y el llenarse del Señor.

El Seminario es un reto, tanto para quienes aspiran al sacerdocio, pues 8 ó 9 años son un tiempo importante en la vida de cada uno. Un reto para la Iglesia, universal y particular. Un

reto para los formadores e incluso para los fieles.

Centrémonos un poco en el Seminario como una etapa de preparación.

Cuando llegamos aquí para comenzar el camino hacia el sacerdocio corremos el riesgo de ver el Seminario como el lugar donde podemos poner en práctica la *fuga mundi*, donde nos podemos sustraer al mundo, pues no pocas veces se piensa que el mundo es demasiado duro e incluso poco cómodo. No somos del mundo, y no debemos serlo, pero sí estamos en el mundo y es a ese mundo al que tenemos ir; para ello nos preparamos.

Es ésta una etapa rica de experiencias de estudio, de trabajo, de reflexión, de autoconocimiento y de conocimiento de los demás. Pero debe ser antes que nada una experiencia de Jesucristo: muerto y resucitado. No podría ser de otro modo, cuando es a Él a quien predicamos, es por Él por quien tiene sentido un tiempo de formación, de preparación.

Entre los muchos aspectos que se pueden resaltar, como característicos de la formación, quiero poner un énfasis especial en dos: compromiso y convicción.

Me puedo hacer los siguientes cuestionamientos: en el proceso formativo, ¿con quién y con qué

estoy comprometido? Un candidato al sacerdocio comprometido, es aquel que vibra con la vida espiritual, pastoral, intelectual, disciplinaria. Es el que aprovecha hasta el último minuto del día para ir en busca del ideal: Jesucristo Buen Pastor, Cabeza y Señor. Vive la vida de Seminario como una experiencia que enriquece; no se sustrae a los procesos, no busca el menor, sino el mayor esfuerzo.

He aquí la importancia de la convicción: el buen candidato es un convencido. Convencido de que lo que busca es la parte mejor, que no le será quitada (cf. Lc 10, 42). Convencido de que lo que está eligiendo es más importante, para él, que lo que está dejando, es más importante que cualquier renuncia, por más loable y licita que ésta sea. Convencido de que el Señor que lo está llamando, le dará toda clase de gracias. El mundo de hoy, tan contradictorio y tan paradójico, no soporta personas sin convicciones claras, incluso cuando la sociedad misma nos indica otros caminos, como el del menor esfuerzo, el conseguirlo todo rápido y por cualquier vía, un mundo que no habla de responsabilidad, un mundo donde todo es exprés y desechable.

Convicción es un concepto bien cercano al de rectitud de intención. ¿Qué busca y qué espera encontrar un joven que llega al seminario? Eh ahí la cuestión a la que hay que darle

respuesta: ¿Qué busca y qué espera encontrar?!!!!

Los cuatro aspectos principales de la formación, los cuatro pilares basilares en los que se afianza la formación han de ser trabajados con tal esmero, que integrados y entrelazados, vayan moldeando y esculpiendo en el candidato la figura del Buen Pastor. Un sano equilibrio entre estos aspectos debe ser trabajado, máxime cuando la perspectiva es el trabajo con las comunidades parroquiales.

La dimensión humana, que la vida de seminario acabará de perfeccionar, debe ser trabajada desde el hogar mismo. Con mucha dificultad el Seminario podrá suplir vacíos en este campo. He aquí la importancia de la pastoral familiar y la pastoral vocacional.

En el mundo de hoy el sacerdote debe conocer y saber de tal cantidad de temas, que es necesario no perder el tiempo en lo superfluo y lo superficial, sino que aplicados a lo que es esencial saberlo distinguir de lo que es importante, pues en no pocas ocasiones por hacer esto dejamos aquello.

El pastor que la Iglesia y el mundo de hoy necesitan, deberá tener tal capacidad de entrega y de renuncia, que toda su vida, sea una ofrenda a Dios, a través de la entrega a los demás. Podemos hablar aquí de 24-7-30: 24 horas al día, 7 días a la semana, 30 días al mes. Pues incluso en los momentos en que se sustrae para el merecido descanso, o la oración, lo hará en orden al servicio y a la entrega.

El sacerdote es el hombre de Dios, vive de su Palabra, de su Eucaristía, vive de la oración. Su vida espiritual será de tal profundidad, que enri-

quecido asimismo, enriquecerá a los demás con su palabra, su vida, su testimonio. No es otro el pastor que necesita la Iglesia. Trabaja de manera permanente su acercamiento a Dios, su configuración con Cristo.

Queridos padres formadores y apreciados candidatos al sacerdocio, he aquí la importancia del seminario, con sus dimensiones formativas. El servicio en la formación apreciados padres, tendrá su recompensa cada vez que estos jóvenes se acercan al Señor a darle el sí definitivo. Cada vez que, como sacerdotes, celebren los sacramentos, especialmente la Eucaristía, ustedes tendrán allí unos créditos nada despreciables. Son ustedes los artistas que van esculpiendo en estos jóvenes la figura de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote.

Apreciados seminaristas, sean barro en las manos del Señor y déjense moldear. El Espíritu de Dios los irá conduciendo. Aprovechen este tiempo de formación inicial, la cual no termina con el proceso, es como el abre bocas: toda su vida ministerial será de formación en las diferentes dimensiones: humana, intelectual, pastoral y espiritual.

Aprovechen la riqueza de la vida de seminario: es este el espacio, el tiempo y la mejor oportunidad de preparación, de formación en el ejercicio de entrega al Señor.

Quisiera ahora, comunicar un poco mi experiencia, desde mi condición de obispo y luego de un recorrido amplio por el ministerio presbiteral.

Aunque llegué al seminario, después de haberme desempeñado como empleado de una entidad bancaria, no podría decir que fue una vocación tardía. Ya desde los años de educación primaria tuve

algunos asomos de vocación, cultivada por mi familia, lo mismo que en los años de bachillerato. Pero de alguna manera el Señor me tenía destinado para llamarme como a Mateo, de detrás del mostrador de los impuestos, en mi caso de detrás de las taquillas de un Banco.

La vida de seminario vivida con sacrificio, pero con profunda alegría. La entrega y dedicación de los padres eudistas, plena. Y en el último año de seminario, los sacerdotes diocesanos, estrenando experiencia de formación, abriendo camino.

El 19 de noviembre de 1985 fui ordenado sacerdote por Monseñor Joaquín García Ordoñez.

Nunca estuve muy lejos de la vida y de la experiencia de la formación y del Seminario: a los tres años, y después de haber servido en varias parroquias, como vicario, fui destinado al seminario menor de Donmatías, denominada Escuela Apostólica, de donde es egresado el actual rector de esta casa de formación.

En el año 1995 estaba de regreso aquí como formador y profesor de teología moral. Un año después Monseñor Jairo Jaramillo Monsalve me nombró como rector. Y luego ya en cargos gerenciales en Medellín, en la Cooperativa Fraternidad Sacerdotal continué prestando los servicios como profesor de teología moral, y que también puede desempeñar en el Seminario Mayor de Bogotá, cuando presté mis servicios a la Conferencia Episcopal de Colombia, para regresar de nuevo aquí, por poco tiempo, a mediados del año pasado. Así que el contacto con la formación ha sido permanente; experiencia que le agradezco al Señor, a mis superiores y los equipos de formación.

DIÓCESIS DE CALDAS

Hoy estoy aquí, unos días después de mi ordenación episcopal invitado por los queridos padres formadores, gesto que agradezco profundamente. Aquí presidiendo la Eucaristía, donde viví tantas, donde celebré muchas, donde recibí los ministerios.

Hoy estoy aquí para continuar agradeciendo al Señor por su gran bondad y misericordia, por el don del sacerdocio en su plenitud. Porque me permitió pasar por estos claustros en mi proceso de formación, aquí donde conocí a tantos, donde comencé a formar parte de esta familia sacerdotal de la diócesis de Santa Rosa.

Agradecido con el Señor, con nuestra Madre de las Misericordias y con todos ustedes.

Al comenzar mi ministerio episcopal pido y cuento siempre con sus oraciones, para que el Señor haga de mí el pastor que necesita su pueblo. También yo oraré por ustedes, por los suyos y por sus intenciones. Que el Señor los haga sacerdotes santos y comprometidos con el anuncio del Evangelio y la instauración del Reino aquí en la tierra.

Les reitero queridos padres formadores y apreciados seminaristas mi profundo agradecimiento por su sacrificio y entrega de estos días anteriores a mi ordenación, su preocupación para que todo saliera bien, por atender a todos. Gracias, muchas gracias. Que el Señor los bendiga, hoy y siempre.

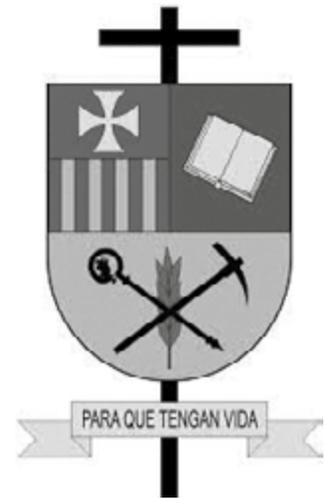


La Diócesis de Caldas fue creada por el Santo Padre Juan Pablo II, mediante la Bula Apostólica del 18 de junio de 1988.

De allí se extracta lo siguiente: “Separamos de la Arquidiócesis de Medellín el territorio íntegro que el actual derecho civil señala a los municipios llamados, en el idioma local, Amagá, Angelópolis, Armenia, Caldas, Fredonia, Heliconia, Montebello, Santa Bárbara, Titiribí y Venecia, y así mismo el territorio de la Parroquia de Santa Isabel, de La Tablaza, y con los lugares así segregados, constituimos una nueva Diócesis que se llamará Caldas, circunscrita por los mismos límites actuales de los mencionados municipios y de la dicha parroquia. A la Iglesia así establecida le asignamos como Sede la ciudad de Caldas; y elevamos el templo parroquial allí existente, consagrado a Dios en honor de la Bienaventurada Virgen María bajo el título de “Nuestra Señora de las Mercedes” al grado y dignidad de Iglesia Catedral, a la que atribuimos las insignias, privilegios y honores

que en el Orbe Católico corresponden a las Iglesias Catedrales”.

En la Diócesis durante estos años, se han creado las siguientes parroquias: Santa Ana en Damasco; Santa Bárbara; Jesús Nazareno en Camilo C. -Amagá; Sagrada Familia en Caldas;



Santísima Trinidad en Caldas; Nuestra Señora del Perpetuo Socorro en Pueblito-Heliconia.

Obispos de la Jurisdicción:

Monseñor Germán García Isaza
Desde su creación hasta abril 22 de 2002

Monseñor Gonzalo Rivera Gómez
De abril 27 de 2002 hasta enero 22 de 2003 - como Administrador Apostólico

Monseñor José Soleibe Arbeláez
De enero 23 de 2003 hasta 28 de 18 de marzo de 2015

Monseñor César Alcides Balbín Tamayo
De marzo 19 de 2015 hasta la fecha

Fuente: Conferencia Episcopal de Colombia



Galería fotográfica
Monseñor
César Alcides
Balbín Tamayo

